

Ironía literaria: *la verdad* de los contrastes

El hombre se pone de pie. La mujer que lo acompaña en el cuarto lo mira con ternura. Entre decidido y soberbio, el hombre busca; en la mano sostiene el zapato y está seguro de asestar un golpe contundente. La mosca revolotea y perturba la tranquilidad y el orden del cuarto. No sabemos de dónde salió o por dónde entró: el cuarto tiene puertas y ventanas cuidadosamente cerradas. La mujer goza del espectáculo. El hombre sacude el zapato, se agita, ve con ojos desorbitados y no encuentra. La mosca vuela tranquila de un lado a otro. El hombre se desespera y agita el zapato con más fuerza. La mujer sonríe. El hombre gruñe, se cansa y golpea en vano. En medio de la limpidez del hermético cuarto, el hombre cae jadeante. Ahora la mosca reposa plácida en la boca entreabierta del hombre. La mujer observa y no puede contener la carcajada.

El anterior es un ejemplo común. Está en la televisión, el cine o el teatro, aunque se extienda de mosca a cualquier animal que burle al cazador. De allí puede ir a otra posibilidad que presente la relación entre presunción y astucia, entre ingenuidad y picardía, en la burla del cazador cazado o, para ser exactos, entre la *alazoneia* / *eironeia*¹ de los griegos: el principio de contrastes que sustenta las dinámicas de la ironía.

La ironía es más que un tropo; es un *fundamento* que desautomatiza y desarticula los discursos que se tornan inamovibles, porque pone cara a los planteamientos que se sustentan como verdades unívocas. La resalta como fundamento no para que se tome como línea estricta de un modelo, sino como guía en la que se bifurca el camino en que se presentan diversas posibilidades.

Retomo el cuarto cuidadosamente cerrado: propongo que un espacio de cuatro paredes representa los sistemas y/o esquemas con los que aprehender la realidad. La mosca que se filtra en

¹ El que ostenta conocimiento / El que disimula, pone en evidencia y burla.

ese hermetismo (quién sabe cómo) es el hecho irónico que pone en crisis la pretensión de totalidad de los sistemas, porque si es necesario proponer explicaciones a nuestra cotidianeidad, lo que burla la ironía es la soberbia y la reducción binaria de blancos y negros que no dan lugar a los grises. Desde la literatura se ha debatido que la *realidad*, en sus posibilidades, rebasa a la razón, encargada de mediatizar a través de conceptos. Ahora bien, si algunos personajes de la literatura son variables, es porque junto a ellos viene una pista que hay que leer como parcialidad: se forma un valor de conocimiento si entendemos que la perspectiva irónica de los personajes literarios descubre que el mundo no se entiende siempre desde las premisas.

Por eso insisto en la ironía no como adorno retórico, sino como un fundamento para la exposición de la inexactitud de las verdades unívocas que regulan lineamientos sociales, políticos, educativos, entre otros. Como hablo de literatura y de las formas como en ella figura la ironía, me atreveré a decir que esta *enseña* (término riesgoso) a inclinarse por el lado inusitado de las cosas. Desde el Renacimiento, la literatura no da soluciones determinadas, sino que se entrega a la incertidumbre, al hecho irónico y múltiple. Así las cosas, la figuración irónica en la literatura plantea caminos y abre posibilidades, pone luz sobre temas evadidos: cuestiones que apuntan al hermetismo de los discursos, a los estereotipos con que se reduce la diferencia con el otro, a los imaginarios que encasillan y no dejan fluir la discusión social, a la marginalidad que determina a los locos, idiotas, brujas, homosexuales y putas..., a todo el que mire y se comporte de manera contraria.

La figuración irónica en la literatura moderna toma fuerza con el Quijote y con Sancho: el primero "loco", pero sátiro y paródico; el segundo "estúpido", aunque lúcido y astuto. Detenerme en esta pareja excede los límites de este ensayo, así que diré que desde algún lugar de la Mancha (por indeterminado) se despliega un pensamiento irónico del que hay innumerables huellas en

nuestra época. Por esta razón, resulta más puntual mirar la contemporaneidad (si bien pecho de anacrónico) para ubicar algunos ejemplos de la literatura mexicana; en la lectura de esta he dado con escritores como Jorge Ibargüengoitia, Julio Torri y José Joaquín Blanco, que sirven como un asidero más para el tema: la ironía literaria como *la verdad* de los contrastes.²

Comienzo con el guanajuatense Jorge Ibargüengoitia³ (1928-1983): en las novelas *Estas ruinas que ves* (1975) y *Las muertas* (1977) hay figuración irónica que apunta, entre otros comportamientos, a los entresijos sexuales que se dan en espacios imaginados, como Cuévano, y en prostíbulos en que se refugian funcionarios públicos de lo que sería cualquier pueblo latinoamericano. La ironía de Ibargüengoitia pone en crisis las relaciones entre explotación sexual y el poder, entre familias tradicionales, costumbres arraigadas y la opresión de lo fuertes –proxenetas, políticos, hasta académicos– sobre otros. Las relaciones que se dan en los espacios imaginados de Ibargüengoitia se extienden a cualquier provincia latinoamericana en que la ironía descubre la hipocresía y débil validez de los discursos que estigmatizan el sexo, la moral de exceso religioso y la corrupción del Estado local.

Por otra parte, en Julio Torri⁴ (1889-1970) encuentro la síntesis de lo irónico que destaca el suceso de apariencia frívola para desplegar una crítica mordaz. Si el lector se interesa por la brevedad de sus ensayos y poemas –porque no tienen clasificación exacta–, encontrará con agrado que las líneas punzantes de títulos como “A Circe”, “De Funerales” y “De fusilamientos” hacen el quite a la tentación sistemática que quiere abarcarlo todo dentro de las formas perfectas de la lógica, para de otra manera tomar el camino de la pequeña digresión de pensamiento. Con Torri más

² Aunque entre los tres escritores mencionados hay límites que determinan al primero como narrador de cuentos y novelas y al segundo y tercero más cercanos al ensayo literario y al periodismo, no es pertinente detenerse en esta discusión; es más, resulta contradictorio pensar en las propuestas de limitación, cuando se observa que la ironía crea variables en modelos sistemáticos.

³ UNAM. (2009). *Jorge Ibargüengoitia. Material de Lectura*. Selección y nota de Francisco Blanco Figueroa. <http://www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf5/jorge-ibarguengoitia.pdf>

⁴ UNAM. (2008). *Julio Torri. Material de Lectura*. Selección y nota de Beatriz Espejo. <http://www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf5/julio-torri-39.pdf>

vale gozar de la divagación de las pequeñas cosas, aunque estas tengan un sentido irónico, pues se acercan a la “ligereza” del pensamiento profundo. La *reductio ad absurdum* en que un planteamiento aparentemente nimio toma el mayor sentido crítico con la ironía, parece una premisa en la escritura de Torri: el canto de las sirenas es contrario, pues no enloquece; los fusilamientos se tornan aburridos, casi esquemáticos, como las costumbres; los funerales se viven monótonos, cuando los deudos posan serios por un respeto debido y arraigado al féretro. Así, los pequeños cuadros de Torri dicen que la ironía burla y toca el buen humor cuando saca una sonrisa disimulada.

El caso de José Joaquín Blanco (1951) me interesa por un texto en particular: “Ojos que da pánico soñar” (1979)⁵. Para J. J. Blanco, en la variedad de las ‘miradas de puto’ (como él llama a la seducción homosexual) impera la rebeldía y la ironía; estas miradas son sesgadas, fijas, lujuriosas, sentimentales, rehuidas, ansiosas, serviles, socarronas. En la lectura que el autor da a la “condición homosexual” en la Ciudad de México, en 1979, prima la posición de disidencia que va desde el comportamiento en la cama hasta la contradicción de los sesgos con que la sociedad regula: ésta observa y determina no solamente la preferencia sexual, sino a todo el dominio político de lo que llamamos *la vida*. Por eso la ironía es la verdad de los contrastes: beneficiaria de la disidencia, pauta rebelde para desmontar largas series de discursos imperantes.

Con los ejemplos anteriores puede ser claro el valor de la ironía en literatura, es decir, la relevancia de la puesta bajo sospecha del orden de la realidad. Al considerar que hay visiones de mundo que dominan en sociedad y que pretenden abarcar el orden bajo doctrinas de buenas y sanas costumbres, se observa que es necesaria la presencia de discursos que no se reduzcan al círculo metafísico homogéneo de sociedades herméticas –la pálida gama de blancos y negros– sino a la

⁵ Crónica literaria de la ciudad de México, que aparece en el libro *Función de medianoche*. <https://www.edicionesera.com.mx/autor/jose-joaquin-blanco/>

contingencia en que los contrastes generan tonos de grises. Por esta razón comenté que las posibilidades de la realidad limitan, en ocasiones, la capacidad de la razón, por lo que se hace necesario el punto irónico en que no se apele por la solución exacta de un problema, sino por el salvavidas que arroja la variedad de pensamiento. Dicho esto, la ironía se emparenta con la transgresión, pues cuestiona las pautas de los discursos, de los límites que encuadran las posibilidades del orden de las cosas. Si la regulación educativa, política y hasta económica de la vida en sociedad necesita un orden, este no debe eternizar sino atender al choque de visiones necesario en los diálogos fecundos.

Insisto en la ironía literaria como la verdad de los contrastes porque esta implica apertura e inclinación hacia el lado inusitado de las cosas, mas no al *vanitas vanitatum* de una representación simbólica total. La ironía como hija de la modernidad acrecienta un espíritu crítico que da espacio a ideas, discursos espontáneos y particulares que proporcionan la universalidad de una propuesta.

Para finalizar, considero que en la línea de relación ironía / literatura caben las palabras del escritor colombiano José Félix Fuenmayor (1885-1966), subrayadas en el prólogo del poemario *Musa del Trópico* (1910): " Cuenta Darío que Orfeo, desesperado, en cierta ocasión salió en busca de un árbol del cual colgarse, pero que, cambiando de idea, no se ahorcó, sino se casó. Algo análogo puedo decir yo de mis versos. No los quemo, pero los publico". Las palabras de J. F. Fuenmayor apoyan el fundamento irónico que presento: la ironía es la verdad de los contrastes; es el ejemplo de la crisis de discursos hegemónicos y estereotipos que marginan; es la confrontación de modelos con pretensión de univocidad.